

Clara Voghan

Volver a Empezar

Pequeños Pecados, II

edición digital



© Clara Voghan, 2007

Todos los derechos reservados.

Exp. 551460

Edición digital de CCM

de distribución gratuita,

se prohíbe su venta.

Información y comentarios:

claravoghan@mailbolt.com

Pedidos

y representación editorial:

CCM

claravoghan@lycos.com

CAPÍTULO VII

—No, no estoy embarazada. Fue lo primero que pensé, porque con Gabrielito me quedaba dormida en cada rincón. Pero no. Mi cansancio no tiene ninguna explicación lógica.

—He visto tus análisis y tu electro...

Fernando Aguirre hizo una pausa, que aprovechó para contemplarla con deseo.

—... Estás espléndida.

—Pues me siento exahusta. Ya no tengo ganas ni de tener sexo con mi marido. Y eso, puedo asegurarte, no es nada normal en mí.

—Mira, Victoria, a pesar de que tú y tu familia me han tomado como médico general, sabes a la perfección que soy cardiólogo. Mi padre lo es, y cuando yo era pequeño, solía bromear siempre con lo mismo: decía que el único motivo de su fidelidad era que trabajaba todo el día, y sus pacientes sólo eran hombre, o mujeres viejas. ¿Has echado una mirada a mi sala de espera? Está repleta de mujeres jóvenes como tú. Todas con cardiopatías severas. Todas profesionales y madres.

—¿Adónde apuntas? ¿Tú también le vas a echar al feminismo la culpa de todos los males de la sociedad moderna?

—Sólo de algunos... Las mujeres, a pesar de trabajar afuera de casa, nunca olvidan las cosas que ocurren adentro de ella. Viven preocupadas por plazos, vencimientos, pañales, tareas escolares, la nueva dieta, y el mejor sexo. Demasiadas exigencias para cualquiera.

—¿Y qué solución tienes? Yo no elegí esta vida, sino que ella me eligió a mí.

—¿Cuántas horas trabajas por día, Victoria?

—Un millón...

—Y cuando te casaste, lejos de reducir las, añadiste las concernientes a las tareas de la casa.

—Hago poco...

—Supervisas... ¡Y te preocupas!

—Mucho.

—Luego llegó tu bebé... Y en vez de relajarte, y tomar tu trabajo con calma, incorporaste a tu ya abultada agenda mucho más trabajo. ¡Mucho más trabajo y tensión!

—¿Qué se suponía entonces? ¿Qué no debía casarme?

—No pienso discutir contigo. Tengo el remedio que te hace falta.

—¡Gracias a Dios!

—Sabes que durante años se pensó que eran los médicos como yo los que tenían el más alto nivel de stress. Ahora se han dado cuenta de que es un error. ¿Sabes quién encabeza la lista? ¡Las amas de casa! Porque si bien es cierto que no se puede comparar anunciarle a alguien que está muriendo, con tener que atender el timbre cuando tienes las manos en la masa y el bebé llora, el stress del médico es ocasional, mientras que el del ama de casa es continuo. No hay paz ni descanso.

—Pero dijiste que había un remedio.

—Un único remedio. Dame tu agenda, por favor, y te anotaré cuando tomarlo.

Obediente, la joven le alargó una moderna palmtop.

—¡Cuidado! Estás borrando las citas —se impacientó su paciente.

—De eso se trata. Ya que tu cansancio es tanto, ¿no pensaste en descansar? ¡Mira esto! Estás durmiendo apenas seis horas.

—Cuando Gaby no me despierta en medio de la noche.

—¡Peor!

—¡Pero no puedes borrar mis citas!

—Pediste una forma de resolver tu problema y te la estoy dando. Necesito que duermas ocho horas completas

cada día, y que dediques al menos dos horas más para hacerlo que se te dé la gana. Lo ideal sería que regresaras a casa al mediodía, le dieras tú misma de comer a tu bebé, y luego tuvieras una hora para ti. Y no me refiero a tiempo para la peluquería o comprar ropa. Me refiero a verdadero tiempo para ti. Para leer sin presiones, o mirar una película sin que te interrumpan. Un remanso para encontrarte contigo misma y tus deseos.

—Suenan tan maravilloso como imposible.

—Lo mismo me dicen mis pacientes cuando les pido que dejen el cigarrillo, o las grasas. Y al poco tiempo termino hablando con sus viudas. ¿Quieres eso?

—No entiendes... El reposo no borra los problemas.

—¿Problemas?... ¿Qué problemas puede tener una mujer rica, enamorada, y hermosa como tú? ¿Andan mal las cosas en la fábrica?

—Andan bien gracias a esa agenda tan apretada que tanto te molesta. Y la familia...

—¿Problemas con Cohen?

—Ser esposa de mi marido es toda una vocación. Su conciencia es rigurosa, y su dolor por lo que está mal en el mundo, infinito. Siempre está luchando contra su pasado.

—¿Te arrepientes de haberte casado con él?

—Por el contrario. ¡Vale cada segundo de incertidumbre que pueda provocarme! Es... Es maravilloso. Y a su lado

soy muy feliz. Pero la felicidad también da trabajo. Y yo últimamente estoy muy cansada... Y en cuanto al resto de mi familia... Tú lo sabes mejor que yo.

—Sí. Ayer estuve con Esmeralda... ¿Sabías que Loria ha vuelto a visitar a Mercedes?

—¿Loria? Lo último que supe de él era que se había fugado del país. Una ex novia declaró en su contra en varias causas, y...

—Pues ha vuelto, y anda rondando a tu madrastra. Por fortuna, y a pesar de que lo ha intentado varias veces, Esmeralda no parece dispuesta a caer en sus redes. Ahora que tu hermana es una mujer de mundo...

—Que se acuesta con cualquiera...

—Bueno, tiene a quien salir...

—Sí, sé que Mercedes es una mala influencia pero, es la madre.

—¿Y Vanina?

—El embarazo la ha vuelto más madura... El marido no ha tenido motivos para arrepentirse. Estoy segura que, más allá de las peleas, son muy felices. El amor se respira en cuanto estás con ellos.

—¿Y por qué no dejar el negocio en manos de tu cuñado?

—Es una excelente persona, pero lo suyo es la industria y la ingeniería... Como ves, no tengo remedio.

Fernando Aguirre miró a aquella mujer hermosa, y con una vida perfecta.

Sí, Victoria tenía más razón de lo que ella misma pensaba. La clave era poner siempre mucho empeño para todo en la vida.

Incluso para ser feliz.

* * *

—¡Qué sorpresa, Carolina!

—¿De verdad no te molesto Victoria? ¿No estás ocupada?

—Siempre lo estoy. Pero me encanta tu visita. Siéntate, por favor.

Cada vez que Caro entraba a aquella oficina se sentía intimidada. Las sillas eran demasiado grandes, (o, lo más probable, ella muy pequeña). Todo allí se veía hermoso e importante y, como cuando estaba con Nicolás, tenía la sensación de que era demasiado para ella.

—¿Cómo está el pequeño Gabriel?

—¡Fatal!... Creo que son los dientes, o algo así. Hoy tenía fiebre, así que desde que llegué a la oficina que estoy llamando a casa para saber como sigue.

—¿Por qué no lo has traído aquí contigo, a la guardería de la planta?

Victoria se sorprendió.

—No tenemos guardería.

—Mal hecho. Está comprobado que en las empresas donde las tienen, hombres y mujeres rinden más, y hay menos ausentismo. Tú misma estarías ahora trabajando más a gusto si supieras que tu niño está a unos pocos pasos de distan...

—Victoria...

Una voz grave, surgida del intercomunicador, interrumpió a la muchacha.

—Disculpa, Victoria, pero tu tía quiere verte. Le expliqué que estabas ocupada, pero dice que es urgente.

—Yo puedo esperar —sugirió Carolina.

—¿No te molesta?

—En absoluto.

—Hazla pasar, por favor.

Carolina intentó salir del cuarto, pero su amiga la detuvo.

—Si no te asustas con facilidad, puedes quedarte.

Pero no había terminado todavía de decirlo cuando, como una tromba, entró a la oficina una mujer mayor de apariencia elegante, envuelta en llanto.

—¡Acabo de verla!... —alcanzó a decir la dama, justo antes de desplomarse en brazos de su sobrina.

—¿Has ido a la cárcel?

—¡Ha sido horrible!... Hicieron que me desvistiera, y me revisaron como si yo fuera una delincuente... ¡Tuve tanto miedo!

—¿Para qué has ido, entonces?

—¡Ella me llamó!... Mi hermana es muy poderosa, y ni la cárcel podrá detenerla.

—No te preocupes —trató de calmarla su sobrina—. Sin dinero y sin alcohol, Cora no es nadie.

—¡Por eso me ha llamado! Quiere... Necesita mucho dinero. Dice que sin él no logrará sobrevivir en aquella jungla. Me ha pedido que empeñe las alhajas de mamá... ¡Te imaginas!... Y me ha ordenado que me contactara contigo cuanto antes. Dice que por tu culpa el apellido Ferrari se ha cubierto de lodo, y que darle el dinero que legítimamente le toca, es lo menos que puedes hacer por ella.

—¿Por mi culpa?... ¿Qué ella atropellara con su auto a mi madre no tendrá nada que ver? ¿Y qué luego, al saberse descubierta, anduviera a los tiros por allí?...

—Querida sobrina... Conoces su problema con el alcohol... ¡La pobrecita no sabía lo que estaba haciendo!

—El juez no lo consideró así. Y la cárcel va a darle tiempo para reflexionar. Además, doce años pasan enseguida.

—¡Pero está furiosa!

—Yo también, querida tía, y no por eso salgo a matar a nadie... Mira, hay una única solución, y ya te la he dicho: cambia tu número telefónico. Olvídate de ella, y dedícate un poco a ti... ¿Fuiste al grupo de la parroquia, como te lo sugerí?

La buena señora se ruborizó.

—Han sido todos encantadores conmigo.

—Sí, en especial el Dr. Fuentes, ¿no? Tal parece que has logrado impactarlo.

—¿Te mencionó algo?

—Algo... Pero, disculpa... Nosotros aquí, hablando sin parar, y todavía no te he presentado a Carolina Castro.

—Encantada —dijo la dama por cortesía, casi sin mirarla.

—Ella es la novia de Nicolás, el hijo del doctor Uriburu.

Al escuchar semejante título, la tía se apuró a echar un segundo vistazo a la muchacha. Un vistazo largo, curioso e impertinente.

La pobre Carolina sólo atinó a ruborizarse.

—Bueno, me voy —dijo al fin—. No quiero seguir interrumpiendo...

Y no tardó mucho para que las dos jóvenes volvieran a estar solas.

—¿De verdad tu tía asesinó a tu madre?

—Es una historia larga y dolorosa. Si quieres conocerla puedes pedirle a Nicolás que te la cuente... —y luego añadió con suspicacia—, si es que les queda algo de tiempo para hablar...

Carolina se ruborizó aún más.

—No debiste presentarme como su novia. Sabes que no hay cosa que más le moleste que...

—Está bien. La próxima voy a decir: “aquí está la señorita que se acuesta con Nicolás”.

—Eres cruel Victoria.

—Sabes como opino... Pero no has venido aquí para escuchar mis sermones.

—Te admiro por como manejaste la situación con tu tía. Yo no hubiera sabido negarme.

—En la vida hay gente a quien le gusta echar culpas, y otras a las que le encanta sentirse culpable. Por fortuna ninguno de los dos es mi caso.

—Feliz de ti —dijo Caro, en medio de un suspiro.

Victoria no necesitó preguntarle a cual de aquellos grupos pertenecía. En ese preciso momento tenía la cara y la actitud de quien, habiendo cometido el peor de los pecados, suplicaba poder confesarlo.

Pero, en cambio, se limitó a preguntar:

—¿Esta señora también es tía de Nicolás?

—No. Ella es Ferrari, como yo.

—Pero Vanina y Esmeralda también son Ferrari...

—Sí... Son mis hermanas por parte de padre, y comparten con él la madre, para desgracia de todos ellos.

—Entiendo lo que quieres decir. Conocí a Mercedes.

—Entonces no tengo que aclarar nada más. ¿Sabes? El ser padre es una vocación. Y la estúpida de Mercedes no la tiene. Ha parido bebés por descuido, o conveniencia, pero aborrece a sus hijos. Vanina, la mayor de las muchachas, está intentando curar sus heridas. El marido es un ser encantador, y la familia de él la ha adoptado. Esmeralda, en cambio, todavía lucha por lograr la aprobación de esa mujer que, debiendo amarla, siempre la critica. Y Nicolás... Todavía le cuesta entregarse a los sentimientos, por miedo

a que otra vez lo defrauden... Si lo quieres, tendrás que ayudarlo a madurar.

—Sobre Agustina...

—¿Qué hay con ella?

—¿Crees que alguna vez Nicolás la quiso de verdad?

—¿Cómo te quiere a ti? No. Nunca lo vi así como está ahora. Pero también creo que si ella hubiera tenido paciencia, se hubieran casado. En cuestiones de corazón Nicolás es débil y fácil de manipular. Claro que Agustina lo echó todo a perder al pretender embarazarse...

El corazón de Carolina se paralizó, intentando hacer silencio para escuchar el final de aquella frase tan dolorosa.

—... Un hijo era la manera más rápida de espantarlo, y no de retenerlo. Todavía no está preparado... Llevará tiempo y mucho amor antes de que se anime a dar un paso así...

Carolina tuvo una sensación extraña en su vientre. ¿Una patada?... ¡Ridículo! Apenas estaba de dos meses.

No. No era el bebé. Era su propia desesperación. ¿Tiempo? Ella ya había agotado dos de sus nueve lunas.

—¡Pero basta de historias familiares! Dijiste que querías contarme algo —comentó Victoria, sin ocultar su curiosidad.

—¿Yo?... ¡No! Sólo pasé para visitarte.

Victoria la miró a los ojos. Sabía que algo le ocultaba.

—No, Carolina... Tú has venido aquí para contarme algo...

Intentó acorralarla, como si fuera un venado asustado. Pero el ruido ensordecedor del teléfono la obligó a soltarla.

—¿Ya le ha bajado la fiebre?! —preguntó la joven madre al auricular, sin ocultar su alivio.

Y entonces Carolina aprovechó para saludarla con la mano, y salir cuanto antes de la oficina.

El tiempo, impiadoso, seguía corriendo para ella y su bebé.

* * *

Victoria presionó el botón de su intercomunicador.

—Laura, por favor, arregla mi agenda. Se me han borrado algunos archivos.

Nicolás examinó la palm que su amiga tenía sobre la mesa.

—¿Tienes un virus?

—Hace unos días estuve en el consultorio de Fernando.

—¿Hace como mil años que no lo veo! ¿En qué anda?

—Como tú. Perdido en medio de sus sentimientos.

—Yo no estoy perdido. ¡Por el contrario! Por primera vez en mi vida estoy enamorado. Carolina es mi mujer perfecta.

—¿Se los has dicho?

—Cada noche, al hacerle el amor.

Victoria no pudo ocultar su reprobación, así que él se vio obligado a justificarse.

—Nosotros no necesitamos palabras.

Por fortuna para Nicolás, su amiga se sentía muy cansada como para discutir.

—Ayer tu mujer perfecta vino a verme.

—¿Tú la invitaste?

—No... Era como si hubiera querido contarme algo, pero por fin no se hubiera animado... Tal parece que a los dos les gusta aquello de “dígalos con mímica”... Y a ella se la veía extraña.

Nicolás calló. Sí, él también lo había notado. Y no era sólo la forma desesperada que tenía de hacer el amor, (como si fuera la última vez), o por los silencios cada día más largos entre los dos, sino por aquella nube oscura en el fondo de su mirada diáfana. Sí, algo le estaba ocurriendo, y varias veces había estado tentado de preguntarle, pero... ¿Cómo hacerlo? ¿Cómo asomarse a aquel mundo inexplorado de los sentimientos de una mujer?

Con Mercedes, su madre, siempre había sido fácil. Todo lo que le pasaba por la cabeza salía en explosión por su boca. Bastaba con pararse frente a ella y asentir, mientras se pensaba en algo más.

Con Victoria, en cambio, las charlas habían sido más íntimas y profundas. Pero con su amiga siempre había compartido códigos: la preocupación por sus hermanas, el dolor de un pasado de pobreza y abandono, y la búsqueda de la propia identidad.

Pero con Carolina... Con ella la unión era más intensa, y a la vez, más visceral. Bastaba con mirarse a los ojos, sentir el calor del otro, o que él se hundiera en el sexo húmedo de ella, para saber que tenían que estar juntos. Así, sin palabras. Sólo con amor. Con eso alcanzaba...

¿O no?

* * *

—Te prometo que voy a pagarlo de mi bolsillo...

La pobre muchachita trataba de confortar a Carolina, que ya tenía lágrimas asomando a sus ojos.

—¡De verdad! —insistió—. Ha sido sin querer, y voy a pagarlo.

Desde lejos, Tito contemplaba la escena sin entender.

—¿Ocurre algo? —preguntó al acercarse.

—Por accidente me he tropezado con el atril de Carolina, pisé su lapicera, y la rompí.

—¿Y con eso, qué? Es una lapicera común y corriente.

—¡Ya sé!... Y yo la pisé sin intención... Pero se ha puesto tan mal, que...

—No me importa la lapicera... —se excusó la bella maitre, mientras más lágrimas acudían en tropel para desmentirla—. No me importa nada... Es que...

—¿Qué ocurre, querida? ¿Tus hormonas te están jugando una mala pasada? —preguntó su jefe, tratando de restar dramatismo a la situación.

—¿Qué hormonas?! —se horrorizó Carolina.

—¿Estás en “esos días”?

—Ah... Sí...

Tito no intentó averiguar más. Pero cuando a las tres de la madrugada ya casi estaban llegando a casa de Nicolás, volvió a insistir.

—He notado, querida, que últimamente no te sientes bien con demasiada frecuencia.

Carolina se quedó expectante, obligándolo a continuar.

—Y que lloras por cualquier cosa... ¿Callas?... Es inútil intentar engañarme. Yo, para los sentimientos de la gente, soy como un brujo. ¡No se me puede ocultar nada!

La joven permaneció muda.

—No soy tonto. Puedo sacar mis propias conclusiones, y sé exactamente el motivo de tantas lágrimas.

—¿Lo sabes?

—Sé hacer cuentas, querida. La verdad es que Andrea ya ha terminado su licencia por maternidad, y está lista para volver a ocupar su puesto de maitre. Y tú temes perder el trabajo.

—¿Eso?... Ah, sí... Ni bien vuelva ella, yo...

—¡Tonterías!, como dicen en casa de Victoria. Ni te lo sueñes... Tú eres magnífica, y no pienso renunciar a ti.

—Gracias, pero... Igual pensaba dejar el trabajo.

—¿No te gusta?... ¿Alguno te ha tratado mal?... ¿Te parece que el salario es poco?

—No... Todos son maravillosos conmigo, y tú más que todos los demás. El dinero también está bien, pero...

—¿Pero?

—No me preguntes, por favor. En un mes necesitarás reemplazante.

Tito estacionó el auto en la puerta de la lujosa mansión.

—No nos puedes dejar así, Carolina. Somos un equipo, y es tu obligación...

—Estoy embarazada, Tito. De dos meses.

* * *

Nicolás había escuchado el ruido del motor justo en el momento en que terminaba de vestirse. Carolina llevaba diez minutos de retraso cuando él había decidido, (una decisión ridícula, por supuesto), salir a buscarla.

Y ahora, a pesar de que ya hacían más de cinco minutos que la lujosa máquina importada se había detenido, ella, Carolina, (ni su novia, ni su mujer), todavía no entraba a la casa.

Para cuando escuchó el ruido de la cerradura, Nicolás ensayó una pose relajada.

—¿Qué haces vestido a esta hora? —se sorprendió la joven al entrar.

—¿Qué haces tú, a esta hora? —se enojó él.

—Vuelvo de trabajar, como todos los días.

—¿A las tres y veinte?

—Hoy todo se retrasó en el bar. Llegó un contingente de japoneses a última hora.

—Japoneses, franceses... Tal parece que no le haces asco a nada.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada... Tú y yo somos libres, y no tenemos que dar explicaciones a nadie.

—Lo sé —murmuró la joven entristecida, mientras agachaba la cabeza con aquel gesto que le era tan propio, mezcla de culpa y vergüenza. Aunque esta vez lo que quería ocultar era el dolor. El que Nicolás estuviera vestido, sólo podía significar que había tenido “visitas” en su ausencia. Una visita que al día siguiente iba a tener lo que muchos ya llamaban “la boda del año”.

Para ella y su bebé, en cambio, no había nada. Y antes de que las hormonas la traicionaran, y sus ojos se llenaran de lágrimas, se apuró a correr escaleras arriba.

Nicolás todavía estaba tratando de digerir aquel gesto, que él entendió de rechazo, cuando el sonido destemplado del timbre lo sorprendió.

—¿Quién mierda...?

No pudo acabar la frase. Del otro lado de la puerta, aquel tipo demasiado elegante y atildado que era jefe de Carolina en su otra vida, parecía dispuesto para la pelea.

—Mira Expósito —comenzó, con una curiosa familiaridad para alguien que apenas conocía a su interlocutor—, no me importa lo que pienses, pero quiero

demasiado a esa muchacha. Sé que ella no se va a animar a decírtelo...

—¿Decirme qué?

—¡Idiota! Podrías aprender a contar...

—¿A qué te refieres?

Carolina, que observaba la escena desde la planta alta, intentó detener a Tito.

—¡No! —gritó, mientras corría escaleras abajo.

—¡Imbécil! —insistió Tito, ignorante de todo lo demás—. Carolina está embarazada.

Por un segundo se produjo un silencio tenso, y ambos contendientes se miraron con odio.

Y entonces Nicolás descargó toda la fuerza de su puño en su desprevenido rival, que apenas pudo esquivarlo.

—¡Hijo de mil putas! —gritó con furia.

Por unos segundos los dos se trabaron en lucha, ante los gritos desesperados de la muchacha.

Tito había aprovechado sus años de bonanza económica para mejorar su físico escuálido, y si bien su oponente lo superaba en fuerza y destreza, él desbordaba agilidad. Pero el odio de Nicolás era tanto, que no tardó en doblegarlo.

—Vas a hacerte cargo de ese hijo aunque no quieras, hijo de puta —le gritó a Tito con furia.

—¿Qué te ocurre, pelotudo?... ¡Ese hijo es tuyo!

Por un momento Nicolás lo soltó, confundido.

—¡Imposible! Siempre he tenido mucho cuidado en...

—Pues lo mío es más imposible, “queridito”. Por si no lo has notado, soy gay. El más puto de los putos.

—Pero entonces... —murmuró el joven abogado, mudo de argumentos.

—¡Basta! —gritó Carolina, envuelta en lágrimas—. ¡No tienen ningún derecho a meterse en mi vida!

—Pero si no es de él... —comenzó a reflexionar Tito.

Pero la joven no lo dejó terminar.

—¡Basta, te he dicho!... ¡Mi bebé no es de ninguno de ustedes dos!... Y, por cierto, ¡olvídense de mí para siempre!

Transida de lágrimas, corrió hacia la puerta de calle, pero antes de salir de la vida de aquellos hombres con la misma rapidez con la que había entrado, se apuró a gritar:

—¡Renuncio! ¡A los dos trabajos!

Por unos minutos los dos contendientes permanecieron aún trenzados, en actitud de lucha, incapaces de reaccionar.

Finalmente fue Tito, cubierto de sangre, el primero que se soltó.

—Disculpa... Creí que el hijo era tuyo. Parecía muy enamorada...

Nicolás agachó la cabeza en aquel gesto tan suyo, para ocultar las lágrimas.

Por unos segundos Tito lo contempló sufrir en silencio, sin animarse a consolarlo, y sin saber que decir. No estaba acostumbrado a presenciar tal desborde de sentimientos en un hombre bien plantado. Había visto a muchos llorar, pero todos “maricas” como él, dueños de gestos imponentes y grandes escándalos. En cambio, aquella forma muda de sufrir era... contagiosa.

Sin embargo, Nicolás no se permitió más que unos breves minutos de debilidad. De inmediato volvió a recomponerse, con aquella cara que le servía para ocultar su alma.

—Pegas bien para marica... —dijo, mientras se sobaba la mejilla enrojecida.

—Y tus pegas bien para heterosexual. Ustedes suelen ser “mucho ruido y pocas nueces”.

Nicolás lo miró, y Tito respondió de inmediato.

—Tienes razón: las pocas nueces son nuestras. Pero gracias a eso podemos sufrir, sin tener que ocultar las lágrimas.

El joven abogado se limpió la humedad que no cesaba de aparecer en sus ojos.

—Es por el golpe que me has dado —se excusó—. ¿Crees que fue ese francés que...?

—Hace una semana las muchachas del bar me vinieron con el cuento de que Carolina esperaba un hijo de Hernán, uno de nuestros camareros. Que se lo habían escuchado decir a unas turistas... Yo no le di importancia en aquel momento, porque nunca los había visto juntos, pero ahora...

—¿Un camarero?

—Está a punto de recibirse de ingeniero.

—¡Vamos a buscarlo para romperle la cara! —se envalentonó Nicolás, que parecía dispuesto a usar sus puños para descargar las lágrimas.

—No. Aprendí mi lección. Carolina tiene derecho a resolver su vida sola, ¿no te parece?

Nicolás lo observó desilusionado. El dolor y la frustración estaban dando paso a una furia ciega e incontenible.

Sí, Carolina había elegido a otro, y tenía derecho a resolver su vida sola. Después de todo ella no era ni su novia, ni su esposa. Sólo una desconocida. Una sonrisa que lo acariciaba cada mañana. Un cuerpo suave en el cual hundirse para escapar de la vida. Un silencio oscuro, tan agradable como ajeno. Como frente al cuerpo moribundo de su padre, Nicolás sintió que por segunda vez en su vida perdía aquello que tanto había necesitado, mientras un “Te quiero” que no había tenido el valor de pronunciar, se le ahogaba en la garganta.

—¡Mira!... Mira esto...

Mónica no cesaba de gritar, mientras daba vuelta las páginas de una revista.

—¿Sabes cuánto pesaba el vestido?... ¡Más de diez kilos! ¿Te imaginas? Otras se matan por adelgazar para la boda, y ella se carga con diez kilos de sedas y perlas... ¡Mira el anillo!... Se ve que el tipo tiene dinero. ¿O lo habrá pagado ella? Con ese culo, sería más que idiota si no lo aprovechara.

—¿Puedes dejar de gritar, Mónica? Desde ayer que tengo dolor de cabeza —se quejó Carolina.

—Anoche no te escuché llegar... —acusó la otra con suspicacia.

—No salí. Ya te he dicho que no me sentía bien.

Mónica volvió a su revista.

—¡Mira el salón! Por eso que dicen que esta ha sido la boda del año...

Acurrucada en una esquina de la entrada, con todo el frío del otoño en su cuerpo y en su alma, Carolina cerraba los ojos, tratando de olvidar el mundo, y concentrándose en su vientre. Pero el grito destemplado de su hermana la volvió a la realidad.

—¡Mira!... ¡Ven!... Mira, aquí está tu novio. ¡Tu novio está en la revista!

Y a pesar de que aquello era lo último que Carolina hubiera querido ver, su hermana no le dejó opción, poniendo la revista frente a sus ojos.

La pobre joven no pudo, entonces, evitar observar, impreso en el papel, todo aquel dolor que hasta allí sólo había imaginado.

Sí, ahí estaba él. Hermoso como siempre. Con su rostro varonil y sus rasgos suaves, con aquel mechón huidizo cayendo sobre su frente, con aquellos músculos fuertes capaces de abrazar con tanta pasión. Con ese gesto dulce y tímido, pero firme y masculino. Sí, allí estaba él...

Con ella. Con la otra.

—Vas a tener que regañar a tu novio... —pontificó Mónica, devenida en experta en relaciones duraderas—. En la foto no le quita los ojos de encima a esa modelo...

Carolina cerró los suyos con fuerza, incapaz de soportar tanto dolor.

—Nicolás no es mi novio —susurró, casi como para sí—. No lo ha sido nunca.

—¿Has roto con él? —se sorprendió su hermana.

La joven no tuvo el valor de contestarle.

—¡Estás embarazada! —gritó Mónica, como si aquella fuera la conclusión más lógica.

Y al parecer lo era.

—¡Idiota!... ¡Estúpida!... ¡Te lo dije! Con esos tipos no se juega... ¡Sí que te la dejaste hacer!... ¿Qué esperabas? ¿Qué se casara contigo?... ¡Es tu culpa!

Luego de descargar toda la furia que sentía por la noticia, Mónica pudo olvidarse por un instante de sí misma, para desviar su mirada hacia Carolina

¡La pobre muchacha!

—Está bien... ¿Quién puede juzgarte? Yo hubiera hecho lo mismo por semejante bomboncito... Pero, en fin... Todo tiene remedio en esta vida. Mañana mismo puedes ir a ver a mi amiga Laura para que...

—Ya tengo ginecóloga, gracias.

—¿Y cuándo te operas?

Carolina no quiso entender.

—¿A qué te refieres?

—Laura es absolutamente segura. Ella me lo hizo a mí.

Otra vez la muchacha observó a su hermana con la boca abierta. Mónica era un pozo lleno de sorpresas.

—¿Tú te practicaste un aborto?

—Antes de que Laura se recibiera... Ahora de seguro lo hace mejor.

—¿De quién?

—¿De mi marido, por supuesto! Claro que entonces no estábamos casados... Yo era muy joven... Mamá me hubiera asesinado si se enteraba.

—¿Pero no me dijiste que eras estéril?

—Eso fue después. ¡Y no era estéril! ¡Me volvieron estéril por culpa de la letra chica! ¡Yo era perfecta!... ¡Nunca fue mi culpa!

Por un momento ambas mujeres se quedaron en silencio, cada una encerrada en su propia intimidad.

—Yo no quiero abortar —susurró al fin Carolina, en voz muy baja.

—¿Y piensas que él se va a casar contigo?! ¡Ilusa!, ¿le has visto el culo a la modelo? No hay forma de competir.

—No espero nada de él. De hecho, hace dos días renuncié a mi trabajo.

—¿Estás loca? ¿De qué vas a vivir? Con lo que te pagan en el restaurante...

—También he renunciado a ese trabajo.

—¿Y entonces?! ¿De qué piensas vivir?

—De ti. Me debes, querida hermana. Me debes cincuenta mil dólares, que es la mitad de lo que se llevó tu marido...

—Yo no te debo nada. En todo caso, la culpa es tuya por...

—¡Mira, hermanita! —la interrumpió la joven, por primera vez en su vida—, en este mundo hay gente a la que le gusta echar culpas, y otra a la que le encanta sentirse culpable. Por fortuna yo no pertenezco a ninguna de esas —mintió—. Lo justo es justo... No te reclamo que me lo devuelvas todo. Sólo quiero que pagues mi comida, los remedios y la obra social, hasta que dure el embarazo. Luego podré conseguir un empleo en alguna guardería, y así cuidaré del niño mientras trabajo.

Mónica estuvo a punto de protestar, pero luego de pensarlo más, se calló. Es que si bien era cierto que no le gustaba sentir que le debía nada a nadie, también lo era que le fascinaba la idea de disfrutar de un bebé en la casa. Aquello de la maternidad había sido para ella una dolorosa asignatura pendiente, y quizás la vida le estaba dando la oportunidad de resarcirse.

—Está bien —acordó—. Pero tendrás que agradecerme por el resto de tu vida.

Su hermana asintió con la cabeza. Después de todo, ya estaba acostumbrada a hacerlo.

—Voy a cambiarme para ir a la inmobiliaria. ¿Quieres qué te deje la revista?

Carolina no se molestó en contestar. Por el contrario, y como si no la hubiera escuchado, comenzó a limpiar la sala.

Aquel embarazo iba a ser muy largo...

Ya llevaba más de media hora limpiando, cuando la joven volvió a chocarse con la dichosa revista, maliciosamente olvidada abierta en la hoja que lo mostraba a él, el padre de su hijo, el hombre que le había enseñado el placer, y la había educado en la felicidad, mirando embobado a aquella modelo de formas perfectas y disfraz de novia.

Otra vez, (y ya iban...), las lágrimas acudieron en tropel a sus ojos. Y es que, así como algunas embarazadas vomitaban, y otras tenían antojos, las menos afortunadas como ella, simplemente lloraban.

Día y noche.

Y en eso estaba cuando el sonido del timbre la obligó a calmarse.

—¿Esperas a alguien? —gritó al vacío.

Pero no hubo respuesta. Su hermana Mónica siempre se tomaba aquello de “arreglarse” en forma muy concienzuda.

Enjugándose las lágrimas con el repasador, se asomó a la ventana.

Y entonces el corazón se le paralizó.

Allí estaba él, parado como si tal cosa. Como si nada hubiera ocurrido entre ellos.

Por un segundo pensó ignorar aquel sonido estridente que sacudía sus entrañas. Pero era imposible. Además, si Mónica bajaba, iba a ser peor.

Así que respiró fuerte, y abrió la puerta de un golpe, dispuesta a afrontar su destino.

—Honorio, ¿qué haces aquí?

—¿Cómo “qué hago”?! Esta es mi casa.

—Pero pediste el divorcio.

—¿Y a ti que te importa? Eso es entre tu hermana y yo.

Y empujándola con soberbia, otra vez aquel tipo nefasto se metió en su casa y en su vida. Carolina resopló. Con la presencia de aquel insecto, la situación daba un giro inesperado. Sabía a la perfección que le era imposible convivir con su cuñado. Y es que un tipo como Honorio no iba a detenerse por el pequeño detalle de su embarazo.

—Has vuelto —le reprochó él—. Y estás más gorda...

Carolina le iba a contestar, pero la voz de su hermana la interrumpió.

—¡Honorio! —gritó Mónica consternada, mientras se acercaba. —¿Qué haces aquí, Honorio?

—Vivo aquí, querida.

—¿Y la viuda de enfrente? —preguntó la que fuera su mujer, mientras se iba acercando con gracia y coquetería.

—Un error... Un estúpido error... Pero por fin pude desembarazarme de ella...

Carolina miró a su cuñado, incrédula. ¡Sí que tenía agallas!... ¿Y su hermana, sonriéndole con encanto? ¿Cómo podía ejercer tanto poder sobre ella?... Bastaba verla para darse cuenta lo patético que era: con su barriga impertinente, y una calva que él se empeñaba en negar, pero que ya asomaba por la coronilla. A su lado Mónica se veía hermosa, joven y resplandeciente. ¿Entonces por qué...?

Pero la voz firme de su hermana la sacó de sus cavilaciones.

—Así que por fin la vieja renga de enfrente te ha echado... —dijo a su marido, en tono jocoso.

—¡A mi no me echa nadie! Me he escapado de ella para volver a ti —agregó meloso, mientras intentaba tomarla por la cintura.

Mónica lo dejó hacer, encantada, mientras con una sonrisa pícaro en los labios se dirigía a su hermana:

—¿Qué crees, querida? ¿Lo habrá echado ella a él al enterarse de que no era dueño de nada, o realmente Honorio habrá huido al darse cuenta de que los bienes de

nuestra vecina están todos a nombre del hijo que vive en Europa, y que sólo le pasa una renta que apenas le permite sobrevivir?

—¡No seas idiota, mujer! Aquello ha sido puro sexo, y el dinero no ha tenido nada que ver.

—¿Qué dices tú, Carolina? ¿Se habrá enamorado ella de la buena figura de mi ex?

—Para mí que ha sido de su abundante cabellera – respondió la otra con saña.

—Pues que se apure a acariciarla, o se le quedará en la mano...

—Ah, ya veo... Las dos hermanitas se han unido para destrozarme... Pero no les voy a dar el gusto. Quieran o no, voy a volver a la casa. Ya veo que tengo que poner muchas cosas en orden aquí.

—¿Olvidas que me pediste el divorcio?

—Pero ahora me arrepentí...

—Has hecho abandono del hogar. Lo tengo documentado. Y me has sido infiel. También lo tengo documentado. Así que no te necesito para divorciarme.

—¡Perra! No te alcanzaron las piernas para correr a buscar un abogado... ¿No te das cuenta, idiota, que si yo me voy te vas a morir sola?

—No creas, querido. Contrariamente a lo que tú decías, a los hombres les encantan las menopáusicas. Tienen toda la experiencia, y ninguno de los riesgos... ¡Y no te olvides de los deliciosos picos hormonales! No vas a encontrar hembra más caliente que una de cuarenta.

—¡Tienes cincuenta, querida!... Y si piensas que vas a conseguir a alguien, eres una ilusa. ¿Quién te va a querer a ti?

—Hasta hoy, tres. Pero todavía no me decido del todo. Acabo de descubrir que a mí también me gusta “la carne fresca”.

Desde el otro lado de la sala Carolina observaba a su hermana mayor con ojos aún más desorbitados que el mismo Honorio.

—Ah, y por cierto... —continuó impiadosa—, cuando quieras, te doy la mesa y las dos sillas que te tocan por el reparto de los bienes gananciales.

—¡No seas idiota! Me toca la mitad de tu local. ¡La mitad de la inmobiliaria!

—Ay, querido..., ¡malas noticias!, ¿recuerdas con cuanto esfuerzo mamá pagó todas y cada una de las cuotas para comprarlo? Los recibos están a su nombre.

—¡No me importa quién lo ha pagado! El local es tuyo. Ella te lo regaló.

—¡No lo vas a creer! En casa de herrero, cuchillo de palo... ¡Nunca lo escrituramos! Y mira que le digo a mis clientes: “la escritura es lo primero”... Pero ni ella, ni tú, ni yo, tuvimos la precaución de dejar las cosas en claro. ¿Qué lastima, no?

—¡Eres una puta! Iré detrás del fondo de comercio.

—¿La inmobiliaria Pueyrredón? Ya no existe. He terminado los papeles el otro día. Ahora es “Mónica Castro y asociados”...

—¿Y crees que te vas a librar tan fácil de mí?

—¿Creerlo? ¡Estoy segura! Si no te vas ya mismo, llamo a la policía y pido una orden de restricción en tu contra.

Y sin decir más palabras, Mónica abrió la puerta de calle de par en par, y se quedó allí para cerrarla tras su odioso marido, dispuesta a dejar atrás para siempre aquel capítulo de su vida.

—¡Putas de mierda, ya encontraré la forma de vengarme!

—Ocupate primero de encontrar adonde vivir, y quien te mantenga... Por cierto, no intentes usar los dólares que me robaste. Como descubrí que tenía anotado los números de serie de todos los billetes, (¡locuras de mamá!), hace dos semanas hice la denuncia por robo. Y te sindicué a ti como el principal sospechoso.

Por primera vez en su vida Honorio no supo que contestar. Su poder se había basado siempre en la sumisión

desesperada de Mónica. Pero a aquella mujer fuerte y poderosa nunca la había visto antes.

Se apuró entonces a salir de aquella casa ajena, que siempre había creído su principal patrimonio.

Pero Mónica, al verlo afuera, y justo antes de dar un portazo por el que, sin saberlo, había estado esperando durante años, hizo una última y dolorosa reflexión.

—Y, por cierto, Honorio... en la cama eres pésimo.

* * *

—Un..., dos..., ¡va!

Las luces rojas de las cámaras se encendieron una a una.

—Como dijimos antes del corte comercial, estas son las fotos oficiales de “la boda del año”.

—Las oficiales, pero no las únicas, querido. Estamos procesando unas imágenes que nos acaban de llegar —acotó Mirelle D’Arc, que por alguna extraña razón se veía bastante más joven que en la emisión anterior del programa.

—¿Imágenes?... ¿Estás diciendo que alguien tomó sus propias fotos?

—En una época de teléfonos celulares con cámaras mínimas es muy difícil pretender la “exclusiva”.

—Porque hasta hoy las únicas fotos eran las de la revista, ¿no es cierto?

—¡Sí! Un negocio redondo para los novios. La fiesta para quinientos invitados costó alrededor de trescientos mil pesos...

—Cien mil dólares...

—De los cuales sólo se pagaron en efectivo cincuenta mil. El resto fueron “canjes”.

—Explícale a nuestros espectadores qué es eso.

—Ya sabes... Dices a los cuatro vientos que las flores son del negocio de tal señor, y entonces te salen gratis. El vestido de la novia, los zapatos, las flores, el traje del novio, las bebidas, etcétera, etcétera..., todo era canje. Ir a esa boda era como formar parte de un enorme comercial.

—¡Y cómo si eso fuera poco, encima vendieron la exclusiva!

—En setenta mil dólares. Si haces la cuenta, los novios embolsaron veinte mil.

—¡Un negocio redondo! Así yo me casaría todos los meses.

—Dale tiempo a Claudia Soto, querido. ¿Acaso te olvidas que ya se ha separado de este novio? Hace menos de tres meses, inclusive llegaron a los tribunales.

—Lo recuerdo. Y también recuerdo que por aquel entonces estaba siendo “muy asesorada” por su letrado.

—El doctor Expósito, querido. A mi juicio una de los abogados más deslumbrantes de la justicia argentina.

—¿Por qué presiento que no te estás refiriendo a sus habilidades jurídicas?

—¿De qué hablas? ¿Tienen la foto en el control? ¡Allí está! Mira, querido..., ¿a quién le importa como te lleva el juicio este bombón?

—Y tú dices que Claudia Soto ha cambiado esto... ¿Tienen la foto del abogado? ¡Allí está!... Y mira, allí está la foto del novio... Tú dices que ha cambiado esto, por esto... —repitió, mientras en pantalla se intercambiaba las fotografías.

Las risotadas en el estudio no se dejaron esperar.

—Lo que digo, querido, es que no va a pasar mucho tiempo antes de que tengamos noticias del doctor Expósito..., que de seguro también se especializará en divorcios...

Samuel Cohen apagó el televisor.

—¡Estos periodistas!... Espero que Carolina no haya estado viendo esto...

A su lado, su esposa dormía...

Y es que últimamente estaba muy cansada.

Con dulzura la tomó entre sus brazos, y la llevó a la cama. Victoria no se despertó. Ni siquiera cuando él comenzó a desvestirla. Por el contrario, se acurrucó entre las sábanas, y continuó con su sueño.

Cohen la besó tiernamente antes de taparla, y después, en silencio, volvió al sillón que estaba enfrente del televisor apagado.

Sentado a oscuras, comenzó a invadirlo un terrible deseo de tomar un buen whisky.

Y es que últimamente se sentía muy solo.

* * *

—¿Viste la televisión anoche?

Carolina miró a su hermana en busca de compasión. Pero Mónica desconocía aquella palabra.

—... Te toqué la puerta para que la vieras, pero no me respondiste...

Una vez más la joven la ignoró.

—... Pues te lo has perdido. Hablaban de tu novio...

Sí, Carolina ya se había enterado, (¿cómo no hacerlo con los gritos de su hermana?).

—... y daban a entender que tu novio se las había “arreglado” con Claudia Soto. Y a juzgar por las fotos, para mí que todavía hay algo entre esos dos...

—Nicolás es libre.

—¡Pero no entiendes! Ya sé que ahora es libre, pero estoy segura que te ha metido los cuernos cuando estaban juntos. Mientras te hacía el hijo a ti, se estaba...

—Ya lo sé, gracias. Y prefiero no hablar de eso.

—¡Tienes que hablar! Te va a ayudar a olvidarlo. Como me ocurrió a mí con Honorio.

—No nos compares...

—¿Por qué?

—Honorio es tu marido. En cambio Nicolás...

—¿Se acostaba contigo, no?

—Nunca fuimos “exclusivos”... Él lo dejó claro desde un principio.

—¿Te acostaste con alguno mientras estabas con él?

—No, claro que no.

—Entonces él “no era exclusivo”, y tú eras una “cornuda”.

—No, hermana. Cuando estaba con él dijiste que yo no era más que una puta barata. ¡Decídetes! O puta, o cornuda.

—¡Las dos! Tú eres tan idiota como para ser las dos cosas al mismo tiempo.

Puta, cornuda..., idiota.

Sí, quizás, después de todo, su hermana tenía razón.

* * *

Era la tercera vez que la joven ejecutiva rozaba su pierna contra la de Nicolás. ¡Y sólo hacían veinte minutos que estaban en reunión!

A las dos horas la mirada de la dama ya había quemado el cerebro, (o lo que quedaba de él), del joven abogado.

Y para cuando la sesión se levantó, Nicolás supo que debía quedarse allí, esperando a que los demás se fueran, y los dejaran solos.

—Veo, licenciada Acuña, que su empresa ha encontrado una maravillosa manera de confundir a sus rivales..

La dama sonrió, encantada.

—No soy ningún arma secreta, si a eso te refieres.

—Una deliciosa maniobra distractiva, entonces.

—¿No crees que, por el contrario, soy yo la que está dispuesta a “perder el caso” contigo? Aunque si lo miras

bien, los dos podríamos ganar, de llegar primero a algún acuerdo.

—¿Te refieres a la fusión?

—La fusión me importa tres carajos. Me refiero a ti y a mí.

Sí, al parecer aquella hembra superior había ido allí dispuesta a una “compra agresiva”.

Y Nicolás estaba en liquidación.

Lentamente se acercó a aquella rubia platinada, esbelta y longilínea, la hizo parar, y comenzó a besarla con furia. Con toda la furia y el deseo de tantos días pasados sin sexo.

Pero entre beso y beso, una musiquita molesta comenzó a sonar.

Pasando como nada de la pasión a la calma, la bella ejecutiva se excusó para atender.

—Mi telefonito... ¿Hola?... ¿Sí?... Sí, querido... La reunión se está “extendiendo”... —dijo al aparato, mientras con malicia acariciaba el sexo de Nicolás—. No me esperes despierto...

Para cuando la comunicación se acabó, toda “extensión” se había perdido.

—¿Era tu novio?

—Sí... Y ahora no volverá a interrumpirnos.

—No importa... Igual, paso.

—¿No me vas a decir que te sientes culpable, no? Lo amo mucho, pero no somos “exclusivos”.

—¡No digas idioteces! —se enojó Nicolás—. ¡Si no son exclusivos, no se aman!... Miles de veces he hecho ese mismo cuento... ¡Mierda! ¡Qué pelotudo he sido!

—¡No puedes dejar que esto arruine nuestra noche!

—¡Peor!... Dejé que arruinara mi vida.

—¿Lo haces por mi novio?

—No... Lo hago por mi novia.

Y entonces la separó, y comenzó a juntar sus cosas.

Con toda la furia y el deseo de tantos días pasados sin ella.

Su mujer perfecta.

* * *

Y ahora, como si fuera poco, encima aquel viejo la estaba siguiendo desde hacía ya dos cuadras.

Y es que desde que estaba embarazada se había vuelto un verdadero imán para los hombres. Quizás porque los pechos se le salían del sostén, o porque las nauseas la habían hecho bajar de peso, lo cierto era que se había

convertido en un polo de atracción para todo idiota que anduviera suelto y aburrido.

¡Pero aquel viejo era el colmo!

Decidió apurar el paso. Y el fulano comenzó a correr atrás de ella.

—¡Elizabeth!... ¡Elizabeth! —le gritó al fin—. ¡Elizabeth Castro!

La joven se detuvo.

—Yo no soy Elizabeth.

—Pero eres igual a ella... Claro que seguro que la arpía de tu madre no te iba a llamar así.

—¿Conocía a mi madre?

—Soy tu padre.

La joven trastabilló. Al parecer, por muchos que fueran sus esfuerzos, el pasado siempre terminaba alcanzándola.

—¿Es mi padre, y ni siquiera sabe mi nombre?

—No dije que fuera un buen padre. Aunque ahora estoy arrepentido... ¿Te sientes bien? No tienes buena cara.

—Estoy un poco mareada.

—¡No se te ocurra caerte, porque mis pobres huesos no podrían contigo!... Ven, vamos a sentarnos en aquel banco.

Carolina dudó. Pero de verdad estaba mareada.

—¿Cómo supo donde encontrarme?

—Viví en esa casa muchos años, ¿lo olvidas?

—Eso me han dicho.

—No seas una víbora tú también.

—¿Yo también?

—Tu madre lo era... ¡Y tu hermana!

—¿Ella sabe...?

—La vi hace una hora. Pero es dura... Como la arpía de su madre.

—Si ha venido a hablar mal de ellas...

—No... Claro que no. He venido a hablar de mí... De nosotros.

—¿No cree que se acordó treinta y dos años tarde?

La muchacha trataba de actuar con rudeza, pero el dolor de aquel rostro, maltratado por el tiempo, muy a su pesar, la conmovía.

—Estoy muriendo, Elizabeth.

—Mi nombre es Carolina.

—No me queda mucho tiempo de vida.

—¿Ha venido a despedirse?

—Algo así... Sabes que vivo en Córdoba. Solo.

—Creí que se había vuelto a casar.

—No funcionó... Y como te dije, estoy solo. Y no quiero morirme solo.

—No entiendo como puedo ayudarlo.

—No me queda mucho. Apenas unos pocos meses. En la provincia de Córdoba vivo en una mansión. Una casa que debe valer al menos quinientos mil dólares.

—¿Y eso que tiene que ver conmigo?

—Esa mansión podría ser tuya... Es decir, en este momento figura a nombre de una sociedad, así que si muero, ni tú ni tu hermana la podrían heredar. Pero yo puedo arreglar todos los papeles, y entonces la casa sería tuya.

—Y de mi hermana...

—No, tuya. ¡Al diablo con esa bruja!

—No entiendo... ¿Ha venido hasta aquí para decirme que va a testar a mi favor?

—¡Niña tonta! Lo que digo es que si aceptas ir conmigo a Córdoba, y cuidarme hasta que muera, te dejo la casa...

—¿Ha venido a contratar a una enfermera?

—He venido a reclamar los derechos de un padre. Sé que no he sido el mejor, pero yo te di la vida. Me lo debes...

Carolina lo observó detenidamente. Siempre había pensado que el día que se encontrara con su padre iba a amarlo de inmediato. Que, conociendo a su madre, le iba a ser fácil perdonar su abandono. Después de todo, a ella misma le había sido casi imposible vivir junto a su familia. Pero ahora se daba cuenta que quizás aquella mujer que la había parido no era más que una víctima devenida en victimario, alguien que volcaba en los demás el odio con que otro la había tratado siempre.

Porque atrás de todo el dolor que había en los ojos negros de su padre, (sus propios ojos), también había mucha rabia.

—¿Qué me dices? Seis meses, y eres una mujer rica. No vas a encontrar mejor negocio.

—No se trata de negocios. Se trata de afecto. De un afecto que me gustaría sentir, pero...

—No desperdicies la oportunidad. Si no eres tú, buscaré a cualquier otra.

—Pues búscala.

—¡No quiero otra! ¡Quiero a mi hija, mierda!

—Aunque quisiera, no te sirvo. Estoy embarazada.

Aquel hombre viejo pareció envejecer un poco más con la noticia.

—Dentro de siete meses nacerá tu nieto.

—¡La puta que lo parió!... Me cago en mi mala suerte.

—Tienes dinero. Puedes “contratar” a alguien más.

—¡Una mierda puedo contratar a alguien! Tú eras mi última esperanza.

—Ofrécele la casa, como me la has ofrecido a mi... Incluso hay muy buenas instituciones que te aceptarían a cambio del título de prop...

—¡Una mierda me aceptarían!... ¿No entiendes? La casa no es mía. Es de tu tía Elizabeth, la muy miserable. Ella, como gran concesión, me deja vivir allí mientras está en Londres, pero nada más... ¡No tengo nada! Lo que gasté en el pasaje para venir aquí era lo último.

—Pero todos decían que eras muy rico...

—¡Y lo era! Pero como no quería que ustedes vieran ni un centavo de la fortuna que había heredado, puse todos mis bienes en sociedades a nombre de mi segunda esposa... ¡La muy turra!...

Si Carolina no hubiera estado tan triste, hubiera sonreído. Sin saberlo, uno y otro en su familia repetía la misma historia: Tommy, Honorio, la mujer de su padre...

Tal parecía que los Castro se veían siempre en la obligación de pagar para ser amados.

—Pero si no eres dueño de la casa... ¿Quiere decir que intentabas estafarme? ¿Viniste hasta aquí, luego de tantos años, sólo para tenderme una trampa?

—No merezco morir solo. Nadie lo merece.

—¿Pero no te preocupaba lo que yo podía pensar de ti al saber la verdad?

—Para entonces hubiera estado muerto. Finito. Acabado... El mundo es una mierda, pero una mierda dulce. Por eso nadie quiere irse... Pero cuando se acaba, ya no hay nada más... ¿Qué puede importarme lo que piensen de mí los que me sobrevivan?

Algo en el fuero íntimo de Carolina se rebeló. Ella tampoco creía en Dios, ni en algo superior que pusiera orden a las cosas. De haber existido, ¿por qué había niños con cáncer, o gente que moría en las guerras?... No. Como su padre decía, luego de esta vida no había nada más.

Pero...

—¡Joder!... Justo estás embarazada... ¡Típico de mi suerte! Es que si lloviera sopa, yo de seguro tendría un tenedor en la mano. Así ha sido mi vida siempre.

—¿Por qué nos odias tanto?

—Tu madre arruinó mi vida. Yo no quería casarme... Cuando me enteré que estaba embarazada le supliqué..., le imploré. Pero ella... Ella me vino con el cuento de que era cristiana... ¡Mierda que era cristiana! Quería atraparme, nada más... Y entonces le fue con el cuento a nuestras madres. Y entre las dos familias me cagaron la vida... Nunca quise a Teresita, y menos a tu hermana. Desde pequeña fue una bruja, siempre burlándose de mi, con la

madre. Así que esperé pacientemente hasta que la maldita niña creciera, para reclamar por mi libertad. Y entonces la muy perra de tu madre volvió a quedar embarazada.

—Creí que había sido al revés... Que te habías ido por mi culpa...

—No.

Carolina agachó la cabeza, en ese gesto tan suyo.

—Ese hijo que llevas puesto... ¿El padre no lo quiere, no?

—No sabe que estoy embarazada.

—¡Mejor!... Nunca se lo digas. No lo arruines, como tu madre hizo conmigo. Aborta ya mismo, y olvídate del asunto... La vida es muy corta como para desperdiciarla... Y cuando te mueres, todo se termina. Finito. Acabado...

—No quiero abortar.

—Claro... Claro que no. Porque en el fondo sueñas con atrapar a ese pobre tipo... ¡No hay nada que hacer!... Lo llevas en la sangre... ¡Arpía!

* * *

Samuel Cohen apuró el segundo vaso de whisky.

Los malos, como siempre, habían ganado. Más de cuarenta familias iban a perder su principal sustento a causa de una complicada geometría de sumas y saldos. La vida, sin embargo, iba a continuar. Su vida, la de su cliente, la del fisco, que esta vez había apretado hasta ahorcar, cobrando impuestos que iban a privar durante años de su trabajo a cuarenta pobres, para recaudar fondos que iban a alimentar a otros cuarenta, sólo por algunos meses, (si el dinero no se perdía antes en el bolsillo de algún político).

Y en días como aquel, en que le tenía que explicar a un hombre que lo había perdido todo, no era feliz.

Y últimamente había cada vez más de aquellos días...

Se sentía miserable, y extrañaba a Victoria.

Claro que dormía todas las noches junto a ella, y que peleaban cada mañana por el cuarto de baño. Claro que podía acariciar su piel a su antojo, o reclamar por sexo, de vez en cuando. De eso se trataba el matrimonio, ¿no?...

Pero de aquella presencia diáfana que había iluminado su vida durante los años en que trabajaran juntos, de aquella voluntad dulce que lo había sostenido al borde de su impaciencia, de eso, no guardaba más que el recuerdo.

Extrañaba a su mujer.

Y sin su constante vigilancia, Samuel se perdía en el abismo de su propia desesperación.

Claro que era feliz. Pero se sentía culpable por serlo. ¿Qué había hecho para merecer a Victoria? ¿Qué derecho tenía a disfrutar de las caricias de su hijo, cuando él mismo había traicionado a su padre? ¿Cómo podía ir a Misa cada domingo, si eso significaba olvidar la herencia que le habían arrebatado al nacer, y que corría por su sangre?

La congoja lo asfixiaba.... ¡Si Victoria hubiera estado a su lado!...

Pero no estaba allí. Y por mucho que le doliera, no tenía nada para reprocharle. ¿Acaso podía acusarla por ser una buena madre?; ¿una empresaria sobresaliente?; ¿una mujer perfecta?

No. No tenía nada que reclamar.

Excepto que en días como ese necesitaba hundirse en su mirada cristalina, sentir su calor, su perfume. Sostenerse en ella para no caer...

Una lluvia menuda comenzó a empaparle mientras caminaba con lentitud por las calles atestadas de gente.

Sí, había fallado...

A su padre, a su otro padre, a Dios, a su cliente, y a las cuarenta familias que quedaban en la calle. Pero más doloroso aún, le había fallado a Victoria.

Un sonido tintineante perforó la niebla de su cerebro. Levantó la cabeza y se sorprendió al darse cuenta que había

caminado hasta las vías. Las barreras estaban bajas, y la gente se agolpaba, esperando el paso del tren.

Sintió el estruendo de la máquina que se aproximaba y, sin pensar más cerró los ojos,

... y echó a correr.

* * *

Victoria observó su reloj y resopló.

La reunión con Hernández se había extendido más allá de lo necesario, y ahora era tarde. ¡Pobre Samuel! Habían quedado en encontrarse a las tres, y ya eran casi las cinco. Por tercera vez en la semana le había fallado. Y, para colmo, aquella mañana se había quedado dormida mientras él le contaba algo acerca de una reunión que iba a tener, y que parecía angustiarse.

Apuró el paso, mientras se prometía a sí misma compensar aquella noche a su marido.

Abrió la puerta de la oficina, repasando mentalmente sus obligaciones para lo que restaba de la jornada, pero de inmediato notó que algo había ocurrido.

Su secretaria privada le clavó una mirada de espanto, mientras, más allá, Dorita de contaduría, envuelta en llanto, era consolada por dos jóvenes.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Victoria con candidez.

Pero la reacción de las otras le paralizó el corazón.

A partir de allí todo comenzó a transcurrir en cámara lenta. Su secretaria, muda, llegando hasta ella para sostenerla. La desesperación de Dorita. La cara de horror de las otras mujeres. Y una voz, alguna voz, que llegaba desde atrás de su cabeza, perforándola. Un sonido distorsionado y aterrador. Un mensaje que apenas podía decodificar.

—Victoria, ha ocurrido algo terrible... Dorita ha visto a tu marido... Ha habido un accidente...

Y luego la voz de Dorita.

—Se ha arrojado al paso del tren, Victoria. ¡Lo he visto!

Bastaron aquellas palabras para que, en segundos, todo cobrara una velocidad vertiginosa. Las mujeres que se agolpaban a su alrededor, y Victoria asiéndose con desesperación a esa felicidad que había tenido hasta entrar allí.

—¡No puede ser! —gritaba, tratando de convencerse—. Sé que no es él... Él no... ¡Él no puede dejarme!

Y luego todo fue correr hasta el teléfono, esperando escuchar del otro lado aquella voz tan amada. Imaginando con cada repique como se reirían aquella noche, mientras acunaban a Gabrielito, festejando la confusión.

Pero cuando contestaron, no fue el timbre masculino y grave de su marido, sino la voz preocupada de un extraño.

—Sí... El teléfono no es mío. Lo he recogido, luego de que se fue la ambulancia. Es que, ¿sabe, señora?, ha habido una accidente horrible.

Victoria no pudo seguir escuchando.

Un desconocido le acababa de anunciar su propia muerte.

* * *

—¿Cómo?... ¿No se enteró?... El marido de Victoria ha muerto.

Nicolás colgó el teléfono.

Cohen muerto...

Era impensable. La gente de su edad no se moría. No tenía que morirse. Había muchas cosas todavía por hacer. Amar, tener un hijo...

Se estremeció. Cohen tenía unos pocos años más que él, y sin embargo mucha más vida vivida. La tenía a Victoria, al pequeño Gabriel, su estudio contable, cientos de personas que lo necesitaban. ¡Hasta tenía a un Dios que adoraba cada domingo!...

Él, en cambio, no tenía nada... Incluso había permitido que su mujer perfecta floreciera en brazos de otro...

Imaginó la desesperación de Victoria, y el dolor que iba a arrastrar su niño por el resto de la vida, ahora que había quedado vacío de padre...

Se conmovió.

Sí, Cohen había vivido. Había dejado huella, y muchos iban a llorarlo. A él, en cambio...

Se sintió solo. Con esa soledad triste que se le había pegado al cuerpo desde aquel día fatal en que Carolina abandonara su cama y su vida.

Y ahora Victoria, la mujer que había amado tanto tiempo en silencio, quedaba libre, y con una inmensa necesidad de alguien que la protegiera. Victoria, que siempre lo había despreciado por Cohen, estaba ahora desamparada.

Nicolás volvió a estremecerse.

Muerto Cohen era lógico pensar que Victoria y él...

De seguro ella, después de un tiempo, esperaría algo así. Porque su amiga era una mujer fiel a sus sentimientos, y entre ellos siempre había habido un fuego que nada terminaba de apagar.

Y él quería a Victoria.

Obras de Clara Voghan disponibles en Internet

Un Saludo Distinto

Renata

Ana

Soledad, Sexo y Pedagogía

*Para obtenerlas en forma gratuita
visite y suscríbase a nuestro grupo de Yahoo*

<http://ar.groups.yahoo.com/group/claravoghan/>

Una novela romántica diferente.